

DESPUÉS DE VEINTE AÑOS

O. HENRY

El policía de ronda avanzaba por la avenida con aire imponente. La imponentia era habitual y no para mostrarse, pues había pocos espectadores. Apenas eran las 10 de la noche, pero ráfagas frías de viento con sabor a lluvia casi habían despoblado las calles.

Probando las puertas a su paso, girando su porra con movimientos intrincados y hábiles, volviéndose de vez en cuando para lanzar su mirada vigilante a lo largo de la pacífica vía, el oficial, con su fornida figura y ligero aire de suficiencia, representaba una magnífica imagen de guardián de la paz. La zona era de las que mantenían horarios tempranos. De vez en cuando se podían ver las luces de una tienda de cigarros o de un puesto de comida abierta toda la noche; pero la mayoría de las puertas pertenecían a negocios que hacía tiempo habían cerrado.

Cuando estaba a mitad de una cuadra determinada, el policía de pronto disminuyó el paso. En la entrada de una ferretería oscura, un hombre se apoyaba con un cigarro sin encender en la boca. Al acercarse el policía, el hombre habló rápidamente.

—Todo está bien, oficial —dijo, tranquilizadoramente—. Solo estoy esperando a un amigo. Es una cita hecha hace veinte años. Suena un poco extraño para usted, ¿no? Bueno, le explicaré si quiere

asegurarse de que todo está en orden. Hace aproximadamente ese tiempo, solía haber un restaurante donde ahora está esta tienda: el restaurante de "Gran Joe" Brady.

—Hasta hace cinco años —dijo el policía—. Lo demolieron entonces.

El hombre en la entrada encendió una cerilla y prendió su cigarro. La luz mostró un rostro pálido, de mandíbula cuadrada, con ojos penetrantes y una pequeña cicatriz blanca cerca de su ceja derecha. Su alfiler de corbata era un gran diamante, extrañamente engastado.

—Hace veinte años, esta noche —dijo el hombre—, cené aquí en el restaurante de "Gran Joe" Brady con Jimmy Wells, mi mejor amigo y el mejor tipo del mundo. Él y yo nos criamos aquí en Nueva York, como dos hermanos, juntos. Yo tenía dieciocho y Jimmy veinte. A la mañana siguiente, yo partiría hacia el Oeste para hacer mi fortuna. No podrías haber sacado a Jimmy de Nueva York; pensaba que era el único lugar en la tierra. Bueno, acordamos esa noche que nos encontraríamos aquí de nuevo exactamente veinte años después de esa fecha y hora, sin importar cuáles fueran nuestras circunstancias o desde qué distancia tuviéramos que venir. Calculamos que en veinte años cada uno de nosotros debería haber definido su destino y hecho su fortuna, fuera lo que fuera que nos deparara.

—Suenas bastante interesante —dijo el policía—. Aunque me parece que es mucho tiempo entre encuentros. ¿No ha sabido nada de su amigo desde que se fue?

—Bueno, sí, por un tiempo nos escribimos —dijo el otro—. Pero después de uno o dos años perdimos el contacto. Verá, el Oeste es una propuesta bastante grande, y estuve moviéndome por él bastante activamente. Pero sé que Jimmy se encontrará conmigo aquí si está vivo, porque siempre fue el tipo más fiel y firme del mundo. Nunca lo olvidaré. He venido mil millas para estar en esta puerta esta noche, y vale la pena si aparece mi viejo compañero.

El hombre que esperaba sacó un elegante reloj, cuyas tapas estaban engastadas con pequeños diamantes.

—Faltan tres minutos para las diez —anunció—. Eran exactamente las diez cuando nos despedimos aquí en la puerta del restaurante.

—Le fue bastante bien en el Oeste, ¿no? —preguntó el policía.

—¡Ya lo creo! Espero que a Jimmy le haya ido la mitad de bien. Aunque él era un tipo más bien metódico, buen tipo como era. He tenido que competir con algunas de las mentes más agudas para hacer mi fortuna. Un hombre se encasilla en Nueva York. Es el Oeste el que le afila a uno como una navaja.

El policía giró su porra y dio uno o dos pasos.

—Seguiré mi camino. Espero que su amigo llegue sin problemas. ¿Le dará tiempo exacto?

—¡Diría que no! —dijo el otro—. Le daré al menos media hora. Si Jimmy está vivo en la tierra, estará aquí para entonces. Hasta luego, oficial.

—Buenas noches, señor —dijo el policía, continuando su ronda, probando las puertas a su paso.

Ahora caía una fina y fría llovizna, y el viento había pasado de sus ráfagas inciertas a un sople constante. Los pocos peatones que andaban por ese sector se apresuraban lúgubre y silenciosamente con los cuellos de los abrigos levantados y las manos en los bolsillos. Y en la puerta de la ferretería, el hombre que había venido mil millas para cumplir una cita, incierta casi hasta lo absurdo, con el amigo de su juventud, fumaba su cigarro y esperaba.

Esperó unos veinte minutos, y luego un hombre alto con un abrigo largo, con el cuello subido hasta las orejas, cruzó apresuradamente desde el lado opuesto de la calle. Se dirigió directamente al hombre que esperaba.

—¿Eres tú, Bob? —preguntó, dudoso.

—¿Eres tú, Jimmy Wells? —exclamó el hombre en la puerta.

—¡Bendito sea mi corazón! —exclamó el recién llegado, agarrando las manos del otro con las suyas—. Es Bob, tan cierto como el destino. Estaba seguro de que te encontraría aquí si aún existías. ¡Bueno, bueno, bueno! Veinte años es mucho tiempo. El viejo restaurante ha desaparecido, Bob; desearía que hubiera durado, así podríamos haber cenado allí otra vez. ¿Cómo te ha tratado el Oeste, viejo amigo?

—Estupendamente; me ha dado todo lo que le pedí. Has cambiado mucho, Jimmy. Nunca pensé que fueras tan alto por dos o tres pulgadas.

—Oh, crecí un poco después de los veinte.

—¿Te va bien en Nueva York, Jimmy?

—Moderadamente. Tengo un puesto en uno de los departamentos de la ciudad. Vamos, Bob; iremos a un lugar que conozco y tendremos una buena y larga charla sobre los viejos tiempos.

Los dos hombres empezaron a caminar por la calle, del brazo. El hombre del Oeste, su ego engrandecido por el éxito, comenzaba a esbozar la historia de su carrera. El otro, envuelto en su abrigo, escuchaba con interés.

En la esquina había una farmacia, brillante con luces eléctricas. Cuando entraron en este resplandor, cada uno de ellos se volvió simultáneamente para mirar el rostro del otro.

El hombre del Oeste se detuvo de repente y soltó su brazo.

—Tú no eres Jimmy Wells —dijo bruscamente—. Veinte años es mucho tiempo, pero no lo suficiente para cambiar la nariz de un hombre de romana a chata.

—A veces cambia a un buen hombre en uno malo —dijo el hombre alto—. Has estado bajo arresto durante diez minutos, "Sedoso" Bob. Chicago cree que podrías haber pasado por aquí y nos envía un telegrama diciendo que quiere conversar contigo. ¿Vendrás sin resistencia? Eso es sensato. Ahora, antes de que sigamos hasta la comisaría, aquí tienes una nota que me pidieron

que te entregara. Puedes leerla aquí en la ventana. Es del agente Wells.

El hombre del Oeste desplegó el pequeño trozo de papel que le entregaron. Su mano estaba firme cuando comenzó a leer, pero tembló un poco al terminar. La nota era bastante breve.

"Bob: Estuve en el lugar acordado a tiempo. Cuando encendiste la cerilla para prender tu cigarro, vi que era el rostro del hombre buscado en Chicago. De alguna manera no pude arrestarte yo mismo, así que fui y busqué a un agente de paisano para que hiciera el trabajo.

JIMMY."

1. [Después de veinte años - O. Henry](#)
2. [DESPUÉS DE VEINTE AÑOS](#)

iGracias por leer este libro de
www.elejandria.com!

**Descubre nuestra colección de obras de
dominio público en castellano en nuestra web**